

RECENSIONES

ANTONIO DE SPÍNOLA: *Portugal y su futuro. Análisis de la coyuntura nacional*. 2.^a edición en portugués. Editorial Arcadia, marzo 1974.

Leer el que se ha dado en llamar *el libro* por antonomasia en Portugal desde su aparición en febrero de este año, no deja de producir cierta sorpresa al considerar la trascendencia política de estas 248 páginas, que, encuadradas con una sencilla cubierta de cartulina blanca, redactó y dio a la imprenta el general de cinco estrellas Antonio Sebastiao Ribeiro de Spínola cuando regresó a la metrópoli en enero de 1974, procedente de su último destino africano como gobernador de Guinea-Bissau.

Cientos y acaso miles son los libros que han cambiado direcciones históricas de pueblos y naciones, ya que en ellos se recogían las ideas que iban a impulsar la realización de las acciones políticas, militares, sociales o religiosas con que se pretendía cambiar la Historia. Análogamente con lo sucedido con el libro de Adolfo Hitler *Mi lucha*, que fue un auténtico programa de actuación política, el de Spínola encierra mucha concepción política tanto interior como en cuanto a la situación internacional de Portugal se refiere, ya que la política ultramarina que preconiza es esencialmente diferente de la existente con el salazarismo de Caetano.

Esta obra ha sido el incentivo que puso en marcha al V Regimiento de Infantería, de guarnición en Caldas de Rainha, a 90 kilómetros al norte de Lisboa, con ánimo de apoderarse de la capital y derrocar al Gobierno, sin que pudiera conseguirlo, pero provocando la «crisis portuguesa», que tuvo como intérprete destacado al general Spínola, que fue destituido de su cargo de jefe adjunto del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas. El final de la crisis, a las cuatro horas del día 25 de abril, y los acontecimientos posteriores que han llevado al autor del libro a la más alta magistratura del país hermano, son conocidos por los lectores.

En el prólogo se pregunta el general Spínola: «¿Por qué surgió este libro? Este libro surge como un imperativo moral de quien no puede contenerse, y pretende ser una respuesta a cuantos recelan cualquier fórmula de evolución; respuesta también a cuantos, agitando la bandera de principios que hicieran historia, pero que el tiempo arrinconó y el mundo de hoy no necesita, acabarán por conducir al país a la desintegración por la vía revolucionaria; respuesta a los intolerantes, al final destructores de la unidad nacional que pretenden defender; respuesta, en fin, a los que, ciegos a la potencialidad del *espíritu lusiada*, desprecian cuanto puede construirse sobre las

RECENSIONES

bases de nuestro secular esfuerzo y que en nombre de utopías pretenden reducir al país a un canto sin expresión en el contexto de las naciones.

Entre unos y otros se sitúa el camino de una verdadera comunidad lusitana, mantenida por la firme voluntad de sus dos integrantes; voluntad de una auténtica comunidad de intereses y aspiraciones y una sólida y fraterna cooperación; voluntad que es el único concepto suficientemente fuerte para contrariar a las fuerzas disgregadoras y al que no hay poder político, externo o interno, que pueda oponerse con éxito.»

Con sus páginas pretende Spínola reforzar la labor de los que, «a la luz de los mismos ideales, tengan que realizar los superiores intereses de la nación en un clima turbado por obcecaciones políticas, siempre inadmisibles y mucho más en esta hora crítica.»

Como militar profesional, Spínola presenta una brillante hoja de servicios, con actuación como combatiente en la guerra de España de 1936-39 y en la campaña alemana contra Rusia en la II Guerra Mundial. Oficial de Caballería, dedica atención al estudio de las disciplinas militares, y esos conocimientos teóricos los pone en práctica en Africa, donde lucha en 1961 en Angola y alcanza los empleos de coronel y general de brigada en sólo tres años. Su posterior destino colonial, y más reciente, fue el de gobernador de Guinea-Bissau. Su prestigio es notorio en las fuerzas armadas y en todo el país.

El conocimiento profundo de la lucha africana que mantenía Portugal en el triple frente de Angola, con su 1.246.000 kilómetros cuadrados; Mozambique, con 782.032 kilómetros cuadrados, y Guinea-Bissau, le llevaron al convencimiento de que la solución militar de la guerra no era factible con las escasas posibilidades potenciales del país, que podía mantener con mucho esfuerzo y sacrificio solamente 55.000 soldados portugueses en Mozambique, igual número en Angola y 27.000 en Guinea-Bissau. Y que en el campo de las relaciones internacionales no podía evitar las grandes ayudas en dinero, armamento, bases militares, etc., que recibían los guerrilleros que les hostigaban y atacaban.

Con la publicación del *libro*, el general Spínola ha pretendido dar una solución política al problema planteado antes de que comenzaran los reveses y descalabros al ejército portugués en Africa. Y así podemos leer: «No es por la fuerza ni por la proclamación unilateral de una verdad como conseguiremos conservar los portugueses nuestros territorios ultramarinos. Por ese camino iremos a la desintegración de todo lo nacional, por la amputación violenta y sucesiva de sus parcelas, sin que de esas ruinas resulte algo sobre lo que construir en el futuro. El ejemplo de la India portuguesa es un precedente bien vivo del porvenir que recelamos. Nunca se creyó que sucediese lo que al final era inevitable; entre tanto sucedió la tragedia y luego fue desviada la atención de la nación hacia el campo circunstancial de la conducta militar, acusando a las fuerzas armadas de no haberse batido heroicamente, cuando en realidad, cualquiera que fuese la eficacia de la defensa, el colapso siempre sería cuestión de días. No se ignora que es fácil hablar *a posteriori*; todavía pensamos que si hubiese sido otra la visión de los hechos, la India portuguesa sería hoy un Estado confederado de la Comunidad Lusitana...»

RECENSIONES

Tras referirse a la crisis con que se enfrenta Portugal y su posición en el mundo, con la cuestión ultramarina como tema palpitante, analiza con criterio realista las «*contradicciones vividas*», referidas «a las visiones desenfocadas por la distorsionada interpretación del pasado y sobre todo por la cortina que en nombre de ese pasado nos puede ocultar el futuro».

Como tratado de contenido político y doctrinal, fija los fundamentos de una estrategia nacional y ataca duramente al inmovilismo político de los que sueñan con el pasado, propugnando el dinamismo de los que piensan en el futuro.

También estima que es preciso reconocer que, más que una nación, Portugal es un complejo de naciones a las que la discontinuidad geográfica confiere una individualidad demasiado nítida para que pueda ignorarse cuando se pretende una vía integradora de ese complejo de una Comunidad Lusitana.

Y ése es el gran sueño del general Spínola, que considera que «la integración política y económica del espacio portugués se impone como una necesidad básica de su pleno desenvolvimiento». Habiendo defendido siempre que esa *portugalidad* es una franca, abierta, generosa y tolerante manera de vivir y de convivir.

Con criterios democráticos considera que no son los extremistas de derecha o izquierda los que representan el sentir del pueblo portugués, y traza en el último capítulo una *hipótesis de estructura política de la nación*, que es un estudio de Derecho administrativo. Finaliza con unas conclusiones en las que precisa es necesario reconsiderar el problema africano, que ha sido apreciado con error y con una imperfecta evolución de las coordenadas del mismo.

Libro doctrinal, político y combativo, ha venido a ser la espoleta del acelerado proceso político que ha concluido con un régimen que, empezado el 27 de abril de 1928 por Oliveira Salazar, la evolución del mundo, el vigente anticolonialismo de la ONU y la dilatada guerra africana habían ido frenando en su dinámica política y había entrado poco a poco en el desolador e inoperante campo del inmovilismo con sus siempre funestas consecuencias.

Las dilatadas ediciones del libro en portugués y las que ya se anuncian en otros idiomas—el español entre ellos—son prueba inequívoca del alto interés que presenta por las tesis de apertura política que sostiene y por la figura humana de quien las manifiesta, pues aunque literalmente no haya salido de sus páginas la proclama oficial del Movimiento de las Fuerzas Armadas, sí refleja el espíritu del contexto que en la obra se encierra. En ellas está condensado todo el plan político portugués hacia el futuro que Antonio de Spínola dio a conocer a los portugueses y al mundo en 248 páginas y que el 25 de abril de 1974 expresó con estos conceptos:

«Considerando que al cabo de trece años de lucha en tierras de ultramar el sistema político vigente no ha conseguido definir concreta y objetivamente una política ultramarina...; que el creciente clima de total inhibición de los portugueses en relación con las responsabilidades políticas que tienen como ciudadanos; el creciente desarrollo de una situación de constantes llamadas al deber, con una paralela negativa de derechos...; el Movimiento de las Fuerzas Armadas, que acaba de conseguir la misión cívica más importante en los últimos años, proclama a la nación su intención de llevar a cabo un programa de salvación del país y la restitución al pueblo portugués de las

RECENSIONES

libertades civiles, de las cuales ha estado privado... El Gobierno será entregado a una Junta de Salvación Nacional... Tan pronto como sea posible se celebrarán elecciones generales para una Asamblea Nacional Constituyente...»

Y parece que la Historia se repite: «As armas e os baroes asinalados...», que cantó Camoens en *Os Lusíadas*, han vuelto a escribir páginas de la historia portuguesa.

FERNANDO DE SALAS LOPEZ

ERNST SAMHABER: *Historia de Europa*. Colección «Pensamiento e Historia». Ediciones Martínez Roca. Barcelona, 1973, 548 pp.

Magníficamente editada e ilustrada con abundante material gráfico (195 bellas fotografías, así como 51 mapas y planos esquemáticos), aparece esta cuidada traducción de la obra alemana, cuyo título original y más representativo es *Geschichte Europas*.

No es difícil imaginar los obstáculos de todo orden que han de superarse cuando se pretende condensar en poco más de quinientas páginas la historia de un continente como el europeo, tan rica y diversa, a la par que tan bien estudiada, especialmente si el ámbito de la obra proyectada no se limita a un período cronológico determinado, sino que pretende dar una visión de conjunto desde sus orígenes hasta nuestros días. A todas luces, un tema de tal amplitud desborda la extensión de un volumen, y la tarea resultaría prácticamente imposible de ser llevada a buen fin, a menos que el autor se conformase con emplear un lenguaje telegráfico. Lo cual alumbraría una obra carente de interés para el amplio sector de público no especialista a la que va destinada, ya que no se trata, por supuesto, de una obra de consulta.

En tales condiciones, el mérito de Ernst Samhaber reside precisamente en haber sabido encontrar un plan expositivo original que hace asequible al lector medio la síntesis histórica—encuadrada dentro de un pensamiento perfectamente coherente—que pretende desarrollar. Ese plan al que nos referimos consiste en la selección de los grandes temas que definen el acontecer histórico europeo, los hechos geopolíticos y culturales culminantes que han ido configurando la génesis y el desarrollo de los pueblos y Estados continentales. La estructuración de los temas responde a un ritmo flexible y, aislados y decantados, son expuestos con amenidad que no excluye el rigor científico más exigente. Insistiremos en que la obra es tanto más convincente al estar redactada con fácil pluma por un autor que posee el don de la claridad, conoce los temas a fondo, los presenta sutilmente y sugiere, más que impone, conclusiones asequibles al gran público. En definitiva, Samhaber ha sabido delimitar los hitos sobresalientes y las cuestiones trascendentales planteadas en Europa—sacrificando en ocasiones la vida interior de los Estados—en el transcurso de diez milenios y los describe en estas páginas con vigorosas pinceladas, que, pese a la brevedad, son suficientes para transmitir al lector una imagen fiel y llena de colorido de la realidad que escruta. En todo momento procura introducir al lector en el clima histórico de cada

RECENSIONES

situación, con lo cual esta obra, a la par que informativa, puede considerarse como un ensayo de interpretación histórica.

Esto se comprueba desde las primeras páginas, cuando esboza el panorama de las civilizaciones primitivas. La llegada a Europa de hombres procedentes del Asia septentrional da lugar a la formación de distintos núcleos de población (mar Báltico, Balcanes). Otras emigraciones del Asia Menor y del Norte de Africa siguieron el curso de los ríos Danubio, Elba, Rhin y Ródano. El denso panorama que supone la imbricación de culturas tan diversas está resuelto magistralmente, y Samhaber, en este capítulo inicial, extrae del cúmulo de acontecimientos los hechos esenciales, bosquejando una sugestiva sinopsis de las diversas corrientes migratorias, sus características étnicas, géneros de vida, arte, religión y recursos que explotaban. Desde las primeras páginas se asiste a la transformación de los grupos en tribus y más tarde en pueblos, así como al desplazamiento de las fronteras que los separan. En los albores del mundo europeo es Creta el centro cultural del mundo egeo, y Samhaber se recrea en la exposición de su peculiar civilización, de la que en sólo ocho páginas logra transmitir un cuadro evocador y sugerente. Con análoga fluidez, Samhaber hace desfilar sucesivamente a fenicios, griegos, etruscos, escitas, celtas y romanos. Rehúye siempre el dato individual, mientras que se concentra en la descripción de las grandes líneas que definen a cada uno de los pueblos: religión, tecnología, arte, gobierno... En el contexto de estos elementos básicos surgen los grandes nombres, aquellos que representan la culminación de una fase histórica o fechas aisladas de suprema significación. En veinte páginas de gran belleza atiende Samhaber a la disputa entre dorios y jonios por la supremacía, así como a la campaña de Oriente de Alejandro.

Los capítulos V y VI están dedicados a Roma, su expansión y su cultura. Sigue («La migración de pueblos. El asalto de la estepa») la acometida de los pueblos germánicos y mongoles. Tras de un capítulo (el VIII) en que analiza el Imperio romano de Oriente y la expansión de los eslavos, el autor va a seleccionar en trescientas páginas los grandes hechos que han configurado la personalidad histórica de Europa: la Iglesia, el Islam, los vikingos, las Cruzadas... Contemplaremos el desarrollo de las ciudades, el comercio y los estudios. Veremos aparecer los grandes centros intelectuales, cuya vigencia aún se conserva. Presenciaremos en el Este la consolidación de los Estados territoriales, y en Occidente, el surgimiento de una nueva actitud ante el mundo, el Renacimiento... En suma, todos aquellos acontecimientos (las guerras religiosas, el poderío otomano, la ascensión de las potencias atlánticas, la época de Luis XIV, la Ilustración, el imperio de los zares, la Revolución francesa, Napoleón, la democracia, etc.) de magnitud suficiente para imprimir su huella en Europa son analizados en sucintos relatos que transmiten al lector las características esenciales, haciéndolos fácilmente asimilables merced a la brillantez del lenguaje que emplea Samhaber y a su capacidad de síntesis. Por otra parte, es digna de destacarse la objetividad, no exenta de simpatía, con que aborda los asuntos relacionados con España.

En definitiva, el volumen que comentamos representa un eficaz instrumento de iniciación cultural. El interés de la obra, que en nuestra opinión es una de las mejores de este tipo, y su esmerada presentación permite augurarle un gran éxito de público.

JULIO COLA ALBERICH

RECENSIONES

ROBERT BOSCH: *Tercer Mundo y política internacional*. Editorial Zero, S. A. Algorta (Vizcaya), 1973, 100 pp.

Robert Bosch, profesor del Instituto Católico de París, lleva a cabo, a lo largo de las páginas de este libro, un sugestivo empeño: analizar algunas de las más destacadas vertientes de la política internacional que en la actualidad mantienen ciertos Estados del Tercer Mundo. La tarea elegida por el eminente autor francés no constituye, como acaso pudiera precipitadamente pensarse, una fácil labor. Todo un cúmulo de circunstancias se oponen a ello, a saber: la relativa uniformidad que la generalidad de estos pueblos presentan en nuestros días, la especialísima predisposición al estallido revolucionario, la inestabilidad gubernamental, la obsesiva reforma de las estructuras, el azote del más increíble de los subdesarrollos, etc.

Creemos advertir, luego de una detenida meditación sobre el contenido doctrinal de estas páginas, que el profesor Robert Bosch parece tener un mayor interés en poner de relieve las constantes principales que caracterizan al pueblo latinoamericano mucho antes que las que en la hora presente definen a los pueblos del África negra o del Asia. De todas formas, nos atrevemos a afirmar desde el pórtico de nuestro comentario que estamos en presencia de una monografía seriamente escrita, bien documentada y bastante original, dentro de lo que cabe. Como perfectamente saben los expertos, la bibliografía sobre la problemática del Tercer Mundo crece sin cesar.

Parte el autor, al iniciar su libro, del hecho anteriormente advertido, a saber: que desde hace veinticinco años, los continentes que estuvieron bajo la dependencia económica y política de Europa y de América del Norte atraviesan una serie de transformaciones rápidas, a menudo violentas. A pesar de historias muy diferentes, de estructuras sociales muy diversas, de estados de desarrollo muy variados, el término Tercer Mundo se ha impuesto en casi todas las lenguas para designar el conjunto de regiones que son el teatro de estos fenómenos.

¿Cuáles son las líneas esenciales de las revoluciones del Tercer Mundo? Si, sobrevolando la historia de los dos últimos siglos—considera el profesor de París—, tratamos de configurar los caracteres específicos del Tercer Mundo en comparación con las revoluciones del mundo liberal y las del mundo socialista, vemos dibujarse el siguiente esquema:

En las revoluciones *liberales*, de las que la primera fue la revolución de Inglaterra (1688), el valor supremo es la libertad: se arranca el poder de las manos de un rey absoluto—o de un soberano extranjero, en el caso de los Estados Unidos, y más tarde, de los Estados surgidos de la colonización española y portuguesa en América—para confiarlo a las manos de la nación soberana. Todos los Estados del mundo «occidental» han atravesado una revolución de este tipo. La educación «nacional» ha inculcado en todos los ciudadanos el horror a todo régimen que atente contra su libertad política, esto es, para tratar de instaurar un mínimo de igualdad y de fraternidad.

Muy pronto, sin embargo, se hacía patente que la libertad había sido conquistada exclusivamente en provecho de los ricos. Teóricos ingleses y franceses de la revolución liberal, como Locke y Guizot, lo reconocían además abiertamente. Pero no siempre percibieron las consecuencias: en el interior de cada nación «liberal», el atropello de los pobres

RECENSIONES

y la división del país en clases irreconciliables; en el plano internacional, el fenómeno del imperialismo, las naciones ricas del mundo occidental esclavizan al resto del mundo. En los dos casos, y por más que la desviación en relación al primer ideal de liberación de los pueblos haya aparecido cada vez con más claridad, las clases o las naciones beneficiarias de la situación continúan durante mucho tiempo hablando de su misión civilizadora y creyéndose los apóstoles de la libertad y del progreso.

Es harto significativo que, efectivamente, a las revueltas a las que, a falta de un nombre consagrado, se las llama provisionalmente *las revoluciones del Tercer Mundo*, se inscriben en la continuidad histórica de las experiencias precedentes, de las luchas por la libertad y por la igualdad. Esclavizadas política y económicamente, estas jóvenes naciones quieren, en primer lugar, conquistar su *independencia*. Por la violencia preferentemente, porque la violencia exalta el sentido de la comunidad nacional. Tratados como inferiores, ofendidos en su dignidad, ellos atribuyen una importancia muy grande a ser reconocidos como *iguales*; para ellos la entrada en la ONU, donde su voto en la Asamblea General va a pesar con la misma fuerza que el de los antiguos colonizadores, adquiere un poco el cariz de un sacramento religioso; ella es el signo sensible de su libertad reconquistada, de su dignidad reconocida. Todos los jóvenes Estados emancipados de la colonización se dicen nacionalistas—a la manera y estilo de los viejos Estados del mundo liberal—y socialistas, a la manera y estilo de la Unión Soviética o Yugoslavia o China, según sus preferencias.

En rigor, nos indica en otro apartado de su libro el profesor Robert Bosc que lo que es *específico* de las revoluciones del Tercer Mundo no es ni la inspiración nacionalista ni la inspiración socialista; es el ideal de libertad y de igualdad. Se trata, a partir de una situación de subdesarrollo y de pobreza de los que han tomado conciencia, de la reivindicación revolucionaria del *reparto de bienes* en nombre de la justicia y de la fraternidad.

En nombre de la justicia, en primer lugar, porque la riqueza de los países industriales está fundada, dicen, en gran medida sobre la explotación de los países colonizados. Así, la India ha pedido a historiadores que hagan el balance de los beneficios que Inglaterra había obtenido en ciento cincuenta años de dominación colonial. De estos estudios resulta que la India, hacia 1750, se encontraba al mismo nivel de desarrollo que los países de Occidente. Su riqueza, muy mal repartida, es verdad—¿lo estaba mejor en Europa entonces?—, impresionaba a los viajeros. Basada en los tejidos que exportaba a todo Oriente, esta riqueza ha sido sistemáticamente arruinada en provecho de la joven industria del Lancashire, que ha inundado a Asia de cotonadas baratas. Si se busca el origen de los capitales que financiaron la primera expansión industrial de Manchester, uno se encuentra con las sumas considerables que antiguos soldados o comerciantes de la Compañía de las Indias habían amasado en el curso de sus operaciones y que invertían a su vuelta a Inglaterra en las hilanderías mecánicas. Aunque el cuadro esté un poco simplificado, de esta forma ve la nueva India la historia de sus relaciones coloniales con Gran Bretaña. Y se cree que todos los servicios que Gran Bretaña pueda prestar hoy a la India a título de ayuda internacional serán percibidos como una restitución, como una compensación, que no habla evidentemente de agradecimiento alguno.

Europa, quiérase o no, ha dejado notar su influencia en el Tercer Mundo y sobre todo en el continente latinoamericano. América Latina, ciertamente, ha hecho, al comienzo del siglo XIX, una revolución liberal, copiada de Europa, y se encuentra siglo y medio más tarde en una situación económica y social típicamente «Tercer Mundo». Sin embargo, a pesar de su subdesarrollo, América Latina no puede sentirse en perfecta armonía de sentimientos y de aspiraciones con los pueblos de África y de Asia. Su emancipación del yugo colonial está demasiado lejana. Una parte no despreciable de su población, y que desborda ampliamente a los privilegiados que han pasado por la escuela, ha estado imbuida por los principios del liberalismo político. La «marginalidad» de América Latina en el sistema internacional, su tendencia a aislarse, a concentrarse sobre el único problema de su relación de dependencia frente a los Estados Unidos, proviene de su impotencia a sentirse del todo a gusto tanto entre los Estados liberales del mundo occidental industrializado como entre los Estados del Tercer Mundo subdesarrollados. Está «entre dos revoluciones» y no puede escoger una u otra pertenencia.

No es menester esforzarse mucho para poder demostrar la profunda desunión que palpita en el corazón de los diferentes pueblos que se agrupan bajo la etiqueta de «Tercer Mundo». En efecto —subraya el autor de estas páginas—, solamente en la ONU las jóvenes naciones dan a veces la impresión de presentar un frente unido y de constituir un tercer bloque, cuyo voto masivo supone fácilmente el voto de una resolución. La mayoría de las veces el Tercer Mundo está desunido, desgarrado por conflictos de intereses y de ideas. El no alineamiento encierra, en realidad, un gran número de actitudes.

A pesar de la variedad de los factores históricos, geográficos, ideológicos, económicos, demográficos, que en todas partes, en La Habana y en Washington, en Nairobi y en Londres, influyen en las decisiones de política extranjera, es posible, en el caso de los jóvenes Estados, trazar una tipología aproximativa de su comportamiento internacional, según la profundidad de los cambios estructurales operados por su revolución.

Consecuentemente, pensamos, existe toda una serie de principios y de hechos que en rigor, al hacer referencia al tema de América Latina, bajo ningún concepto se pueden ignorar. Por lo pronto, como recientemente ha escrito Cecilio de Lora, S. M., al hablar de América Latina, no se pretende caer en la ingenuidad de considerarla como algo uniforme, cuando lo más uniforme en esta región puede ser su profunda diversidad, desde lo geográfico hasta dimensiones mismas del *ethos cultural*. Pero sí se piensa que hay una serie de características de la presente crisis de la sociedad latinoamericana, recogidas de la experiencia y de múltiples análisis sociológicos, que permiten hablar de esta realidad con una cierta coherencia y consistencia.

Sería largo y penoso también describir y analizar los rasgos de esta sociedad, así como su tipología. Pero de entre esas características se señalan ahora algunas de las más notorias, de las que más comúnmente son aceptadas como tipificadoras de nuestra situación y que mejor pueden permitir, por otra parte, la identificación de la tensión entre escuela y sociedad. En este sentido, América Latina es una sociedad marcada por:

- una explosión demográfica sin precedente en la historia de la humanidad y sin igual en el mundo de hoy;

RECENSIONES

- un ritmo acelerado de urbanización, correlativo del crecimiento de población, pero sin una correlativa industrialización, por otra parte, que acarrea una fuerte hipertrofia del sector económico;
- una marcada desigualdad económica entre los diversos grupos sociales;
- una gran inconsistencia del *status* social, elemento dependiente de los datos anteriores y verificable en varias de las dimensiones que atraviesan nuestras situaciones revolucionarias;
- un influjo creciente de los medios de comunicación social, que consolida situaciones anteriormente apuntadas, impide o distorsiona el florecer de una personalidad autóctona y, junto con otros factores, conduce a
- una situación de múltiple y profunda dependencia colonialista.

América Latina vive, pues, dentro de un clima de «insolidaridades» culpables. Las relaciones entre países latinoamericanos, ha escrito Fernando Moreno, en cuanto condicionamiento esencial de un proceso de cambios *latinoamericano*, se podría decir, hace especial hincapié en esta idea, que, en general, se estructuran (o no se estructuran) a partir de actitudes que son simultáneamente de alineación y de dominación. La tradicional orientación metropolitana-externa de los países latinoamericanos, que se origina ya desde luego en el período ibero-colonial, y cuya consolidación histórica actual se da en el sistema de dependencia a que nos hemos referido, ha tendido a llevar, naturalmente, a los países latinoamericanos a «darse la espalda» unos a otros; las relaciones bilaterales entre un «centro» industrial desarrollado y los sistemas políticos subdesarrollados de la «periferia» en tanto mecanismo de estructuración vertical impositiva, han actuado como un condicionante negativo cuando se ha tratado de pasar a establecer relaciones multilaterales entre los países de la «periferia» latinoamericana que lleven de alguna manera a la estructuración de un sistema horizontal-consensual. La posibilidad de este tipo de estructuración ha estado también condicionada por la política deliberada de expansión y de satelización practicada por, al menos, dos importantes países latinoamericanos: Argentina y Brasil, a partir, sobre todo, de una ilusión de grandeza, al estilo siglo XIX europeo, en cuanto al primero, y de una capacidad cierta de acción en cuanto al segundo. Bolivia, Paraguay y en menor grado Uruguay, por su debilidad relativa y la particular posición geográfica que ocupan, han sido a la vez «manzana de discordia» y víctimas de aquella política. De este modo, la dependencia externa se plantea ya como situación y problema en el propio contexto latinoamericano.

¿Cómo podemos, pues, entender el mundo latinoamericano? La clave esencial para poder entender el mundo latinoamericano, tal y como subraya Fernando Moreno, nos la ofrece el propio fenómeno del subdesarrollo. Es indudable que el subdesarrollo, en tanto inarticulación fundamental de la estructura económica de un sistema político, es un condicionante global esencial de cualquier proceso de cambio en América Latina; las insuficiencias que dicha situación comporta condicionan tensiones socio-políticas que, al poner en cuestión el orden existente, favorecen soluciones dictatoriales, con la consiguiente instalación de grupos de poder generalmente tradicionales y conservadores (en el sentido propio de este término). Pero la existencia misma, por otra parte, de enormes diferencias en la situación de subdesarrollo de los distintos países latinoameri-

canos, aparece como un condicionamiento mayor en la concepción de proyectos y estrategias comunes a nivel de toda América Latina y muestra además lo relativo de su unidad. En este sentido, la capacidad de los sistemas políticos nacionales de acceder a posiciones internacionales relativamente favorables (de autonomía relativa) encuentra limitación mayor tanto en las deformaciones estructurales que el subdesarrollo comporta, como en las importantes diferencias entre las situaciones de los distintos sistemas políticos nacionales, que son condicionadas por las disparidades en el nivel, el potencial y el dinamismo de desarrollo de éstos.

El subdesarrollo condiciona así situaciones estructurales a nivel internacional que pueden ser calificadas como situaciones de dependencia, que, a su vez, son condicionantes de situaciones de subdesarrollo. Concretamente, la dependencia se refiere, en lo que toca a América Latina, a las posiciones desiguales (capacidades desiguales) que ocupan los distintos sistemas políticos nacionales unos respecto de otros y al tipo de relaciones estructuradas a partir de estas diferentes posiciones. En este sentido, la dependencia postula la existencia de un sistema histórico o más bien de un sistema de sistemas, dado que los *elementos* que lo componen son ellos mismos sistemas (nacionales). Por otra parte, la dependencia, en tanto dimensión estructural y factor permisivo, favorece una práctica histórica de dominación que traduce además y esencialmente una cierta *voluntad de ser*, la cual constituye, directa o indirectamente, el factor causal por excelencia de la estructuración a la que la dependencia hace referencia.

Comprendemos, por lo tanto, la adversión que los pueblos de América Latina sienten por cualesquiera fórmulas de unión o asociación. Existe—considera en su libro el profesor Robert Bosch—una repugnancia evidente y generalizada de los Estados del Tercer Mundo a comprometerse en procesos de federación, a crear algo más que grupos regionales muy débiles, grupos de presión dirigidos hacia el exterior, más bien que instituciones dotadas de poderes internos reales. A primera vista, parece contradictorio que Estados ávidos de avanzar rápidamente en el camino del desarrollo se atranquen al abrigo de estrechas fronteras, cuando los Estados más poderosos, por el contrario, se apresuran a crear conjuntos económicos y políticos muy extensos para progresar. La primera etapa del desarrollo exige quizá un relativo repliegue sobre sí mismo y un espacio bastante limitado, en el que la planificación no presente problemas demasiado complicados. En todo caso, esta aspiración universal a la autarquía en los países del Tercer Mundo corresponde ciertamente a una necesidad, al menos, provisional. Para crecer es preciso primero ser. ¿Y cómo se podrá existir si no se posee un mínimo de bienes?: «tener más para ser más» es una condición de supervivencia para el Tercer Mundo. Es preciso que tengamos en cuenta esta voluntad de autonomía, de «reconocimiento de ser», reivindicado como condición previa del progreso; éste es uno de los aspectos del fenómeno al que nosotros hemos llamado ya «democratización internacional».

Mucho más que a un paso al frente hacia la unificación del mundo, que algunos pedían insistentemente y creían ya entrever bajo la forma de un cuasi Gobierno mundial, nos dirigimos hacia un aumento imprevisto del número de «actores», hacia una variedad creciente de actores internacionales que se interfieren, cooperan, se querellan,

RECESSIONES

tienen a la vez miedo y necesidad los unos de los otros; alternativamente hacen profesión de fe en la fraternidad humana y se amenazan mutuamente con destrucciones masivas y despiadadas. Esto crea algunos problemas nuevos a la comunidad internacional.

Cuanto antecede lógicamente ha dejado sentir su poderoso impacto en lo que podríamos considerar como el planteamiento pluralista del Derecho internacional contemporáneo. Las revoluciones del Tercer Mundo, sugiere el autor, y el estudio del comportamiento internacional de los jóvenes Estados que han nacido de ellas conducen a adoptar una concepción pluralista del Derecho internacional que está preñada de progresos futuros. Por una parte está el terreno de las relaciones de poder entre Estados y de las *convenciones* internacionales; es el derecho de la coexistencia, en el que la soberanía sobre una tierra y unos hombres constituye una realidad, incluso cuando es puesta en cuestión por las ideologías en conflicto. Este derecho no se ha visto afectado por la variedad de los regímenes, de las culturas, de los sistemas. Es indispensable, pero apenas progresará. Se trata del dominio de las relaciones diplomáticas y de la lucha a muerte. Los juristas soviéticos tienen razón al decir que la coexistencia pacífica entre países con regímenes sociales y económicos opuestos es en nuestros días la forma superior de la lucha de clases: el derecho internacional tiene por objeto, según ellos, disponer esta lucha de manera que evite la guerra y permitir las actividades comunes limitadas por el progreso.

¿Cómo atenuar la inhóspita desigualdad actualmente imperante entre los Estados todos de la tierra? La solución, tal y como subraya el profesor Robert Bosc en su libro, no es fácil, puesto que, ciertamente, las probabilidades de porvenir para un desarrollo original de los jóvenes Estados que conduzca a una democratización de la comunidad internacional dependen de un cierto número de condiciones. Nosotros hemos indicado ya algunas. ¿Aceptarán las grandes potencias la *coexistencia pacífica con regímenes* que quieran ser diferentes? ¿Se pondrán de acuerdo, en su propio provecho, para institucionalizar las normas de cambios internacionales que proporcionen a todos idénticas oportunidades? Esto significa no sólo crear un Derecho internacional pluralista basado en las razones indicadas en el párrafo anterior, sino también un *Derecho internacional de la desigualdad* para hacer posible la promoción de todos los pueblos y esa famosa fraternidad humana exigida revolucionariamente por las naciones del Tercer Mundo. (Derecho internacional de la desigualdad, no en el sentido por el que el Derecho romano o el Derecho colonial consagraban la desigualdad en favor de los poderosos, sino precisamente en el sentido inverso en provecho de los más débiles.)

La sociedad internacional no realizará la fraternidad hasta que encuentre el medio institucional de suprimir, al menos, por un tiempo, una igualdad puramente formal que no favorece sino a los ricos. Durante mucho tiempo se ha creído ver en la igualdad abstracta de las soberanías del Derecho internacional moderno un progreso definitivo de civilización. Un ulterior progreso consistirá en crear las condiciones de la igualdad real. El proceso no será muy distinto de aquel que ha permitido la integración social de las capas desposeídas de la nación y la igualdad en los niveles de vida en el interior de los Estados industrializados modernos, bajo la presión organizada de las clases populares, despertadas a la conciencia de sus derechos.

Sin embargo, para descubrir las condiciones prácticas del éxito de un proceso simi-

iar de integración y democratización al nivel de la comunidad internacional es importante situar el fenómeno del subdesarrollo, que afecta en nuestros días a los países del Tercer Mundo, en el interior del proceso global de transformación de la economía mundial, de la que constituye una nueva fase. Sólo esta perspectiva histórica permite captar el sentido de las revoluciones del Tercer Mundo; por esto mismo ayuda a discernir los modos de desarrollo político más apropiados para los jóvenes Estados.

América Latina—he aquí la conclusión final de estas páginas—se ha lanzado a la busca de nuevas formas políticas. Esa busca encierra bastante de aventura, puesto que—subraya el autor—en América Latina, donde existe una tradición parlamentaria ya larga y donde el sistema del «partido único» parecería demasiado primitivo, las «teorías del poder nuevo», que emanan de pensadores nacionalistas, cristianos o socialistas, no excluyen nunca la diversidad de opciones y el derecho reconocido a la oposición, sino que buscan abrir paso a «los elementos de una *clase de gestión* eficaz en el plano político, administrativo y económico. Aquí el modelo del Partido Revolucionario Institucionalizado, que gobierna en Méjico desde hace casi cincuenta años con resultados económicos evidentes, ejerce un atractivo considerable...

Desde Méjico hasta Argentina, el fenómeno nuevo es la toma de conciencia de una situación original que exige soluciones políticas originales. La desconfianza respecto a los sistemas extranjeros, el desprecio de las oligarquías «herodíacas» locales, que han ligado su fortuna y su poder—como antaño en Palestina el rey Herodes—con las potencias extranjeras; la búsqueda de nuevas estructuras de acción política capaces de integrar las poblaciones «marginales» (indios, subproletariado del campo y de las ciudades) y proporcionarles una vida decente; la existencia de una clase de jóvenes técnicos e intelectuales, animados de una voluntad revolucionaria sincera, son rasgos comunes a todas las sociedades entre Río Grande y la Tierra de Fuego. Podemos ver una prueba suplementaria en el hecho de que la Iglesia católica, durante mucho tiempo ligada a las oligarquías, es en estos momentos resueltamente favorable a los cambios. Don Helder Cámara, obispo auxiliar de Río de Janeiro, después arzobispo de Recife, denuncia las injusticias con más ardor que la mayoría de los jefes de partidos políticos brasileños; sin querer ha llegado a ser una figura política de los nuevos tiempos: los jóvenes cristianos latinoamericanos comparten en todos los sitios las inquietudes, las preocupaciones, las luchas revolucionarias de su generación.

Por esto todos dirigen sus miradas hacia las experiencias chilena (demócrata-cristiana con Frei), cubana (socialista-comunista con Castro), mejicana, brasileña incluso. En Venezuela, Bolivia, Argentina y Perú se busca. A menudo con fiebre. Realmente los pueblos latinoamericanos no esperan su liberación de una «Alianza para el Progreso» con la gran república norteamericana. Con arreglo a los procesos de «democratización» internacional que hemos observado desde el comienzo de este estudio, cada país piensa ahora encargarse de sus propios asuntos y expulsar a sus propios demonios.

¿Cómo se puede ser sinceramente consecuente con los propósitos enunciados? La solución parece extremadamente sencilla, a saber: reforzando los planes de desarrollo y de educación. Tal vez incluso consagrando mayor atención a la educación que al desarrollo, puesto que, en efecto—así nos lo advierte el profesor Robert Bosc—, se ha hablado bastante, desde hace veinte años, de que la educación es la condición

RECENSIONES

del desarrollo. Para que haya desarrollo político no será suficiente que algunos pensadores de talento elaboren una doctrina original, adaptada a las necesidades del país. Todo el pueblo debe participar en el crecimiento; todo el pueblo debe estar preparado e instruido para comprender las transformaciones que se imponen y que de todas formas están en marcha; para orientar al país hacia los objetivos que se han propuesto, todos los ciudadanos deben ser capaces de tomar sus responsabilidades. De aquí nace la importancia de la toma de conciencia de los objetivos políticos y económicos perseguidos, o según el vocabulario puesto de moda por el Movimiento de Educación de Base en Brasil, la «concienciación» del pueblo. Por educación política, no entendemos evidentemente los métodos de adoctrinamiento brutal, practicados por los totalitarismos modernos, con el fin de interiorizar las ideologías gubernamentales en la conciencia de los ciudadanos. No se trata de formar una masa dócil de ejecutantes, que obedecen pasivamente a los directivos del partido—lo que con buenas técnicas psico-sociológicas es bastante fácil—. Es preciso educar—*educere*, hacer salir, abrir—, es decir, preparar hombres libres para que comprendan el medio en el que viven y los fenómenos de los que son testigos, para que ellos mismos tomen las decisiones que harán de su país un miembro adulto y sano de la comunidad de naciones. Además las circunstancias históricas en las que se realizan las revoluciones del Tercer Mundo hacen de la educación política una de las condiciones del éxito, no sólo para la supervivencia de los jóvenes Estados, sino para la coexistencia internacional misma.

Reconoce el profesor Robert Bosc, ya en las páginas postreras de su obra, que la irrupción en la vida internacional de los nuevos y jóvenes Estados—Estados que en las dos últimas décadas se han ido emancipando—ha supuesto algo más que la simple presencia de la nueva savia, a saber: si no se desconfiara de parecer sucumbir a los buenos sentimientos, con los que no se hace, dicen, sino mala política, se diría que la entrada de los jóvenes Estados en el sistema internacional ha acelerado la toma de conciencia de una solidaridad planetaria que la revolución técnica de las comunicaciones había preparado. Como en todos los casos parecidos en historia, la rebelión del Tercer Mundo ha forzado a los poderosos a «reconocer» como personas e iguales a los que trataban como objetos. Pero al ser esta vez «tricontinental» la revolución, todos los terratenientes están afectados. Cada uno se siente ligado a todos los demás. La sociedad humana era una abstracción; hoy es una realidad histórica concreta, que es preciso organizar. La coexistencia, por las buenas o por las malas, invita a la fraternidad...

La toma de conciencia de una solidaridad planetaria no significa evidentemente el final de las rivalidades; únicamente elimina los riesgos de violencia como antaño la toma de conciencia de una solidaridad mediterránea o europea para los pueblos afectados. Sin embargo, existe un fenómeno nuevo, concomitante con la subida del Tercer Mundo: *la desmitificación del poder*.

Los mejores analistas de la sociedad internacional contemporánea, sociólogos, juristas, historiadores—tanto en la Unión Soviética como en los Estados Unidos y en Europa—denuncian hoy la teoría monista del «poder como objeto único de la ciencia política» (*power-model*), que era desde hace mucho tiempo la base de la doctrina llamada realismo político. El *power-model* ha servido y puede servir aún para explicar rasgos importantes del sistema internacional, en el caso en el que la guerra sea todavía «aceptable», como

RECENSIONES

un medio de conseguir los objetivos nacionales. Pero esto no es ser «realista», dice G. Burton en el estudio de sociología de las relaciones internacionales, citado anteriormente, sino cerrar los ojos a los casos en los que el *power-model* ha sido derrotado. La observación histórica y sociológica conduce por esto a muchos investigadores a ensayar un método diferente (un *non-power-model*) para analizar las reglas del juego internacional en nuestros días.

El sistema internacional contemporáneo está caracterizado por el «no alineamiento», es decir, por la negativa de los Estados que no disponen del poder en el sentido habitual (económico y militar) a someterse a una hegemonía y por la *posibilidad política* de tal negativa. Para caer en la cuenta de este sistema de relaciones, la teoría del poder (*power-model*) debe ser completada con una «teoría de la comunicación». ¿En qué consiste este otro modelo? A partir de informaciones e imágenes recibidas, los responsables de la dirección de un Estado toman decisiones, resisten a los cambios que sobrevienen en el sistema internacional, se adaptan a medidas, ejercen su influencia y sus alianzas en las organizaciones regionales para mejorar su posición sin tener que recurrir a la fuerza o a la amenaza de la fuerza. Información, reacción, adaptación, unión, son algunos de los elementos en los que se puede descomponer una nueva «ciencia del pilotaje» de los Estados. Algunos Estados del Tercer Mundo se han convertido en maestros de ella.

Junto al juego del poder existe, pues, para los Estados un juego comunitario, o si la palabra parece demasiado moralizante, un juego de la comunicación. Los dos «modelos» o tipos de acción caben en múltiples combinaciones con otro «juego» autónomo, el que comportan por su parte las instituciones internacionales. Estas, creadas por los Estados para determinadas funciones que a ellos les cuesta trabajo desde ahora desempeñar solos, terminan por imponer a los Estados fundadores comportamientos imprevistos. A veces impotentes para hacer prevalecer su propia voluntad ante el frente unido de los pequeños, los grandes Estados transigen; por su parte, es una muestra de habilidad. Los pequeños, por el contrario, tendrían a menudo tendencia a abusar de la presión comunitaria y a transformar el órgano de comunicación en instrumento de poder a su servicio; por su parte, es una torpeza y un error político. De esta forma corren el riesgo de destruir el instrumento y de descubrir que para ellos también el poder, incluso manejado colectivamente, no es un medio infalible de éxito en la sociedad internacional actual.

En todo caso—conviene indicarlo—, el profesor Robert Bosc no se nos muestra radicalmente optimista. Piensa que, a pesar de todo, de los grandes esfuerzos que se vienen realizando, la amenaza bélica asoma sus negros colores al horizonte contemporáneo. Y es curioso, dice, que en esta perspectiva de un mundo solidario, la guerra no ha desaparecido. Paradójicamente, con la esperanza de la solidaridad crece también el riesgo de destrucción mutua. Imprudencia, impaciencia, escalada. Una guerra de clases a escala mundial sería un enfrentamiento total con los medios de la técnica moderna. Todos lo saben. Este riesgo es, sin duda, más grave para el futuro que el enfrentamiento entre grandes potencias ricas y desarrolladas, las cuales, teniendo demasiado que perder en un conflicto directo, han adquirido cierta sagacidad. La misma moderación no funcionaría para un levantamiento mundial de los países pobres.

RECENSIONES

La subida del Tercer Mundo hace todavía más necesario el aprendizaje de la coexistencia.

Por lo tanto, la alternativa está abierta: habrá efectivamente democratización de la sociedad internacional y creación de técnicas sociales que permitan una participación más o menos equitativa de todos en los bienes de la convivencia humana, o, por el contrario, las tensiones se exasperarán, y con ellas, el miedo que engendra la carrera de armamentos.

Se dice que el desarrollo es el nuevo nombre de la paz. Sería, sin embargo, ingenuo pensar que los Estados se desarmarán para consagrar más recursos al desarrollo; nosotros—piensa el autor de estas páginas—vemos más bien que muchos Estados, incluso muy pobres, gastan sus reducidos recursos en rearmarse. Porque tienen miedo. Los armamentos son el procedimiento, primitivo ciertamente en este día universal, inventado por las sociedades humanas para protegerse del miedo del que ellas han dado prueba siempre unas ante otras.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

THE MILITARY BALANCE 1973-1974: *International Institute for Strategic Studies*. Chatto & Windus. Book Centre Ltd., Rufford-Road, Southport (Lancs), septiembre 1973.

Como todos los años por estas fechas el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos (IISS) ha lanzado el volumen correspondiente con datos que esta vez se cierran en septiembre de 1973, y del cual, sin perjuicio de que en otro número de esta revista nos ocupemos de comentar de modo particular alguno de los más importantes aspectos o problemas concretos que presenta, queremos ahora dar cuenta a nuestros lectores por el extraordinario interés que para nosotros ofrecen las materias que contiene.

Se trata de una recopilación de datos varios relacionados con el potencial militar de todos los países del mundo, no pudiendo ser más completo el conjunto de los que se manejan, que son nada menos que:

Población. Tipo de servicio militar. Producto nacional bruto. Presupuesto de defensa. Total de efectivos de las fuerzas armadas. Detalle de las mismas, ordenados según el esquema de: Fuerzas nucleares estratégicas (ofensivas y defensivas). Fuerzas terrestres, navales y aéreas, con indicación en cada caso de los efectivos en hombres y material disponible, así como despliegue, reservas, etc. Cuando los países son de menor relevancia, sus datos aparecen en forma de cuadro. De los 120 países que se incluyen en el trabajo, 30 van así, en esta forma breve, más Costa Rica y Panamá, que sólo merecen, por su insignificancia militar, una simple referencia, algo más que Islandia, que no es incluida por carecer de fuerzas militares.

Los países van agrupados del siguiente modo: I. *Los Estados Unidos y la URSS*, en cabeza. II. *Los países europeos* después, agrupados a su vez en: Pacto de Varsovia (seis países, además de la URSS), NATO (13 países, además, naturalmente, de los Estados Unidos, considerado aparte, e Islandia, que, como decimos, no se considerará) y otros países europeos (ocho, desde Albania a Yugoslavia, y entre ellos España). III. *Oriente Medio y Mediterráneo* (16 países principales y ocho más pequeños). IV. *África al sur del Sahara* (nueve países principales y 14 menos importantes). V. *Asia y Australasia* (23 paí-

RECENSIONES

ses, encabezados por China, es decir, la República Popular de China, que, como se sabe, en la XXVI Asamblea General de las Naciones Unidas, en octubre de 1971, fue admitida en la ONU, considerándola como legítima representante del pueblo chino, quedando expulsada de la organización la China Nacionalista (Taiwan), que, con el nombre de República de China, se incluye también en este estudio). Por último: VI. *América Latina*, con 21 países.

En cabeza de cada uno de estos grupos de países se hace un estudio conjunto de la zona, sin entrar en los factores geográficos, que es un aspecto que echamos mucho de menos en tan notoria publicación, si bien haya el pretexto de que, siendo anual, una parte común, más fija y permanente, constituiría una repetición innecesaria, limitándose más bien a los acuerdos que afectan a los países del área tanto bilaterales entre ellos o con otros de fuera de la misma, o bien multilaterales.

Estimamos particularmente interesante el estudio que encabeza el primer grupo de los citados, es decir, el análisis de los Estados Unidos y la URSS, que nos da una idea muy clara de la competencia militar entre ambas potencias, tema sobre el cual tanto se habla con muy poco conocimiento de causa. Muy importante es también el capítulo que se refiere especialmente a los gastos rusos de defensa. Contiene este capítulo una buena bibliografía, compensadora de la incertidumbre de los datos concretos que se conocen. Se reconoce aquí es imposible otra precisión, dados los conocimientos que de la cuestión se tienen. Se carece —afirma— de información presupuestaria, observándose que el presupuesto de defensa ruso se ha mantenido estático inexplicablemente, con unos 18.000 millones de rublos anuales desde 1969, y excluye conceptos relacionados con la defensa, como: Investigaciones y desarrollos militares. Defensa civil. Ayuda militar extranjera. Programas de energía nuclear y aeroespacial. Fronteras, y Seguridad. La mayor parte de los datos sobre estas cuestiones, referidos a la URSS, corresponden nada menos que a 1955, y es muy difícil ponerlos al día, con lo cual, y teniendo en cuenta que en 1967 se produjo un considerable reajuste de precios, el retraso y la falta de actualidad son notorios. También nos explica que los costos de desarrollo para la URSS estaban aumentando más rápidamente que en los Estados Unidos, si bien la inflación general de los norteamericanos (índice de precios al por mayor, elevado a un ritmo anual del 3 por 100 desde 1965) puede haber anulado esta tendencia e incluso haberla hecho cambiar de signo. La conclusión, apoyándose, claro está en esas hipótesis, es que los costos en dólares dedicados por la URSS a la defensa pueden equipararse e incluso superar a los de los Estados Unidos.

No por breves dejan de ser igualmente apreciables los estudios particulares del Pacto de Varsovia y del Tratado del Atlántico Norte, que encabezan los análisis parciales de cada uno de sus respectivos componentes, agrupados dentro de cada uno de ellos —como ocurre en cada grupo— por orden alfabético.

En forma de apéndice encontramos otros análisis comparativos de la valoración militar de la NATO y del Pacto de Varsovia, que incluyen el factor de las armas nucleares. En otro apéndice más se considera el problema de las reducciones militares de fuerzas y armamentos en los países que forman la llamada Europa Central. De todo esto haremos una más amplia referencia en otra ocasión.

La parte correspondiente a cuadros nos completa de una manera apreciable la visión

RECENSIONES

mundial del poderío militar. Son ocho los cuadros principales, y en ellos se describen detalladamente: los vehículos de ataque nuclear (misiles, artillería, aviones...); los gastos de Defensa en el marco de las economías nacionales; los gastos especiales de la NATO; una comparación funcional; otra de efectivos humanos; otra entre plantillas divisionarias, y, por último, la relación de los principales convenios conocidos sobre armamento. La mayor parte de estos datos se refieren a 1972. En cuanto a garantías, en el prólogo se dice que el Instituto responde de ellos, pues fueron solicitados y en muchos casos obtenidos de los Gobiernos respectivos, habiendo sido —cuando no se consiguieron de dicha manera— deducidos, particularmente las cifras correspondientes a los gastos de defensa de la URSS y de la República Popular China.

Los editores nos recomiendan como complemento de esta publicación tan interesante la *Strategic Survey*, que aparece cada año, en primavera, y en la que se reseñan los acontecimientos mundiales más importantes relativos a la seguridad y a la política exterior, sobre los cuales se puede ir estableciendo una base de cierta significación prospectiva, muy necesaria en esta clase de estudios y especulaciones.

Es indudable el valor de esta publicación, que, si bien de carácter militar fundamentalmente, según expresa su propio nombre, es imprescindible a todos los interesados en los problemas de política internacional.

JUAN DE ZAVALA

CARL GRIMBERG: *El siglo XX. Las grandes guerras y la conquista del espacio*. Ediciones Daimon, Madrid, Barcelona, México 1973, 457 pp.

Existen dos maneras diferentes de enfocar y relatar el conjunto de los hechos contemporáneos que se refieren al panorama político de carácter mundial. Una es la que se ciñe al orden cronológico de lo que va sucediendo. La otra es la que dedica su principal atención al entrelazarse de dichos hechos en los espacios de los diversos países. Sin embargo, también puede ocurrir que las metodologías expositivas se vean desbordadas por la dinámica de la marcha de la humanidad en conjunto. Entonces los hechos no se subordinan al tiempo ni al espacio, sino que se convierten en simples facetas de un movimiento general. Lo que pasa en cada país y el orden en que sucede no importa tanto como la relación total entre todos los Estados y todos los pueblos a la vez.

Este sistema, práctico y realista, en el cual la política internacional lo domina todo y hace que todo se explique en función de ello, es el que determina la obra de Carl Grimberg (y Røgnar Svanstrom) sobre el siglo xx y sus grandes acontecimientos de conjunto. Dichos acontecimientos (y entre ellos las dos guerras mundiales de 1914 y 1919) quedan encajados dentro de una línea general, de una cardinal directriz de su evolución histórica y de la evolución de todos los pueblos. Así, el libro de Grimberg y Svanstrom es, desde luego, una obra histórica, pero su marcada proyección hacia lo futuro inmediato subraya y acentúa la utilidad de sus valores de actualidad.

Grimberg y Svanstrom presentan los acontecimientos ya ocurridos como antecedentes indispensables de los otros acontecimientos que estamos viviendo, presenciando o tomando como temas de información. A la vez engloban, dentro de cada uno de dichos acontecimientos pasados, todas las formas paralelas con que las mismas cosas se expresaron o se expresan en los diferentes sitios.

Un ejemplo característico de esto es el de la presentación de la guerra de 1914-1918, que comenzó por ser llamada «la guerra europea». Se muestra cómo todos los Estados y todos los Gobiernos de aquel tiempo, dentro de los sectores, estructuras e irradiaciones europeas, se articulaban de las mismas formas y actuaban según los mismos impulsos. Así, por ejemplo, reyes, emperadores y presidentes (el kaiser alemán, el soberano británico, el zar ruso, el sultán de Turquía, etc.) llevaban sus políticas exteriores con un sentido imperativo de totalidad que les hacía creer que ellos eran verdaderamente dueños de sus respectivos países. Vivían rodeados de cortes adúladoras, y de espaldas a las realidades de las transformaciones económico-sociales.

Muy curioso y significativo es también observar cómo en los entrecruces de soberbia y prestigio de unas dinastías que continuaban usos de los siglos xvii al xix latían ya (como impulsos de las mayores nuevas tensiones) las rivalidades encaminadas hacia unas hegemonías coloniales máximas sobre los sectores mundiales no europeizados, aunque nada dejaba entonces prever que las exageraciones de las ambiciones colonizadoras y los nuevos repartos imperiales coloniales iban a conducir (medio siglo después) a la casi abolición de todo el colonialismo.

En aquellas pujas de obtener territorios y mercados destacaron desde luego esfuerzos simultáneos y colectivos como los de las distintas potencias que a la vez se disputaban y repartían sus zonas de acción y presión en el viejo imperio de China. Pero también hubo esfuerzos unilaterales tan característicos como los del kaiser Guillermo II; al presionar para construir el ferrocarril de Bagdad, o al presentarse personalmente en Tánger.

Otro ejemplo significativo (al otro extremo de los años estudiados por el libro de Grimberg y Svanstrom) es el de los efectos pendulares o «de rebote» producidos en los espacios asiáticos, africanos, hispanoamericanos, etc., por la famosa «guerra fría» entre las dos superpotencias de Washington y Moscú. No cabe duda de que la tensión producida por aquella pugna refrenada entre la Casa Blanca y el Kremlin fue lo que más impulsó y estimuló como reacción de los ex colonizados el conjunto de articulaciones y agrupaciones dado en denominar «el tercer mundo».

Dicho «tercer mundo» se presenta proyectándose sobre dos frentes o distribuyéndose en dos vertientes; es decir, la de la oposición y la de la reconstrucción.

El primer frente fue el producido por los empeños de varios países considerados teóricamente como de segundo o tercer orden (a pesar de las magnitudes de algunos de ellos, como la India), los cuales no se resignaban a llegar a ser satélites ni a quedar comprometidos irrevocablemente respecto a las superpotencias. Fueron los que comenzaron a agruparse desde la conferencia de Bandung en abril de 1955, y los otros que posteriormente han ido agregándose o adhiriendo a un sistema articulado sobre la fórmula pragmática y concreta de «países en vías de desarrollo».

RECENSIONES

En el libro *El siglo XX* se hace referencia al tercer mundo, no sólo en los sentidos de la no alineación y el proceso de desarrollo, sino también en el de los efectos de las descolonizaciones políticas, que se ejercen en formas de disimuladas dependencias económico-sociales. Las estructuras de las administraciones y las planificaciones locales de muchas antiguas colonias (por ejemplo, en el Africa negra) suelen continuar articuladas en razón de los intereses de los aprovechamientos y las utilidades de las antiguas metrópolis, o de otras potencias que abundantes en recursos financieros y técnicos no los emplean con el criterio de beneficiar a los países y los pueblos clasificados como subdesarrollados.

El referido libro no llega en su exposición hasta los episodios más recientes que han originado la crisis mundial del petróleo, y como consecuencia han planteado el nuevo problema, más grave y más universal, de la utilización internacional, común y coordinada de las materias primas. Sin embargo, dicho problema queda enfocado en cierto modo respecto a la exposición de la necesidad de que hoy son miembros de la ONU, participen en todas las ventajas del progreso científico, técnico y de salvación de los recursos vitales de la humanidad, así como en la protección de los medios ambientales físicos naturales.

Los fenómenos universales de última hora, tales como los de la explosión demográfica y las excesivas concentraciones urbanas, vienen a incidir sobre la urgencia de las acciones de protección y cooperación en escalas mundiales. A tales aumentos y concentraciones excesivas se añaden otros fenómenos locales y regionales de desequilibrios en las distribuciones de habitantes. Por ejemplo, la existencia de enormes núcleos de personas refugiadas, desplazadas, perseguidas e incluso apátridas, tanto en el Próximo Oriente como en el semicontinente indostano, territorios del Pacífico, etc. De todos modos el crecimiento excesivo de la población mundial constituye uno de los mayores inconvenientes y peligros. Crecimiento que constituye uno de los mayores alegatos a favor de la coordinación de los poderes mundiales de contenciones y reajustes.

En cuanto a las formas de presentación y al orden de exposición del libro sobre el siglo xx, llevado hasta las perspectivas de la conquista del espacio, su plan y sumario presentan sucesivamente nueve grandes apartados. Su orden es el siguiente: la primera guerra mundial. La revolución rusa. La paz de Versalles y sus consecuencias. La Unión Soviética y el despertar de Asia. La gran crisis económica. La Era de las dictaduras. La segunda guerra mundial. Guerra fría y estructuración económica. Emancipación y coexistencia. En cierto modo puede considerarse que las nuevas partes constituyen tres subgrupos naturales, o sea, el de los planteamientos, el de los arrastramientos y el de las consecuencias.

El mismo libro contiene dos apéndices muy detallados y de evidente utilidad práctica. El primero es un índice cronológico de acontecimientos mundiales desde el año 1914 al 1968. El segundo es un índice alfabético de nombres de personas, sitios, acontecimientos, ideologías políticas y sociales, etc.

Hacia el final de la obra, y como consecuencia de la atención cuidadosa puesta en las cuestiones políticas mundiales de las coordinaciones entre las emancipaciones de países y la coexistencia común, se dedica un cuidadoso apartado a los problemas de

RECENSIONES

la Tierra, al hombre y la vida. A los temas contemporáneos del «nivel de vida», de «sociedad de consumo», y las reacciones contra esta sociedad excesivamente material y aceleradora de la inflación. También las posibilidades de mejoras para la persona humana, en vista de los progresos médicos, fisiológicos, etc.

RODOLFO GIL BENUMEYA

EMILIO ROMERO: *Cartas al Rey*, Editorial Planeta, 1.^a edic., diciembre 1973, 398 pp.

La formación de un príncipe ha sido una atrayente ocupación a la que han dedicado su tiempo preclaras figuras de la Historia. Unas con sus obras escritas y otras con sus lecciones personales, han sido conscientes de la importancia y magnitud de su tarea por la trascendencia que siempre ha tenido el hecho de que la persona que detenta el poder, en la más alta magistratura del Estado, disponga de un criterio y unas dotes de estadista que le permitan encontrarse preparado para la adopción de las fundamentales decisiones que el ejercicio de su cargo le va a presentar de manera continua.

Porque si bien es cierto que el pináculo de la Administración estatal es un polo al que afluye una gran variedad de *información*, y que, normalmente, es una realidad la frase de que *saber es poder*, no es menos cierto que la rápida elaboración personal de esa información por quien ha de servirse de ella es una imprescindible cualidad, que exige una previa y sólida base formativa, de la que serán frutos visibles: un gran sentido político realista, que al mismo tiempo no cierre el paso a la imaginación y a la creatividad.

Muchos nombres pueden citarse y los Séneca, los Vegecio, los Maquiavelo, los Mariana, los Jomini, los Clausewitz, los Muñiz y Terrones, los Martínez de Campos, etcétera, forman parte de la lista de la que sólo mencionamos algunos notoriamente conocidos.

En la educación y formación del Príncipe Don Juan Carlos de Borbón y Borbón son muchas las personas que han participado, desde su infancia a su juventud, destacando don Eugenio Vegas Latapié y el teniente general don Carlos Martínez de Campos, duque de la Torre, que la empieza con los estudios del bachillerato y la concluye en 1954, cuando el Príncipe es nombrado teniente de Infantería, alférez de Navío y teniente de Aviación.

Profesores universitarios y otras personalidades complementaron posteriormente la inicial y básica formación militar. Y en esta línea se encuentra Emilio Romero con sus dos importantes libros *Cartas al Príncipe* (1965) y las *Cartas al Rey*, a las que vamos a referirnos.

Cuando el Príncipe de España se encuentra, en frase del autor, «a un paso del Trono», el escritor político que es Emilio Romero se dirige a Don Juan Carlos para presentarle en doce cartas cómo es la herencia política que va a recibir. «Voy a tratar

RECENSIONES

de deciros cómo es esta herencia, o más bien cómo la veo, porque sería pretencioso arrogarse en exclusiva la contemplación de una realidad política que, si bien es verdad que posee un censo de sucesos efectivos e indiscutibles, admite al tiempo los subjetivismos y los variados criterios, y hasta los apasionamientos o las terquedades. Por lo pronto he comenzado por desnudarme de prejuicios y de sentimientos arraigados para librar a estas cartas de pronunciamiento tendencioso, y preservarme, al paso, de la tentación de construir un programa político para vuestro reinado, que esto sería ocupación de candorosos o de arbitristas. Únicamente aspiro a asumir el riesgo de asomarme a lo que pasa con ánimo de verlo.»

Periodista de garra; desde muchos años en el cotidiano batallar político, y consejero nacional; director del vespertino madrileño *Pueblo*; conferenciante y autor teatral; Emilio Romero es una figura muy conocida de la vida política española de la posguerra, que comienza el día 2 de abril de 1939 y que tiene como antecedentes inmediatos los últimos años de la monarquía de Alfonso XIII y los cinco años de la República de 1931. Desde su observatorio político ha captado el desarrollo de múltiples y variados acontecimientos, buceando en sus causas y consecuencias, para, una vez sistematizados y aderezados con amplio anecdotario, presentarlos a la opinión pública en una obra que por su metodología, lenguaje vivo y fotografías complementarias, con expresivos y punzantes títulos, tiene mucha huella periodística. Por las páginas del libro desfilan prácticamente todas las figuras más sobresalientes de la política de los últimos cincuenta años, así como los partidos, asociaciones o grupúsculos que han dicho, dicen o tienen cosas que decir sobre el presente y el futuro del país. La dinámica política con sus luchas, inquietudes y tensiones están recogidas y expresadas con un lenguaje desenfadado, exento de tono reverencial o académico.

En la primera carta considera que la *única salida posible* ha sido la adoptada por el General Franco de instaurar la Monarquía y nombrar al Príncipe de España sucesor a título de Rey; y para el buen gobierno de la misma en el futuro estima será preciso que exista: una Autoridad, sin autoritarios; una Justicia, sin «justicieros», y una Libertad, sin libertarios. Y también añade: «Respecto a los conceptos, ésta va a ser vuestra herencia. Habréis de rechazar, por lo menos en su conciencia, una prolongación *sine die* de tradicionales y duros, frente a progresistas y abiertos. Esta es la sangría de España. Pero sería, además, grotesco que esa clasificación, que dura cerca de tres siglos, alcanzara también a cada una de las dos Españas y se hiciera cada vez más difícil la síntesis, ¿o es que se puede «europeizar» España, el viejo camino, sin una identificación propia y global? Tendrá que haber otras diferencias y discrepancias que no afecten a la imagen misma de nuestra identidad en este siglo. Tenéis delante ya a los tataranietos de «la generación del 98».

En sucesivas cartas se refiere a los últimos treinta años; a que el futuro inmediato es «tiempo de navegar», y recuerda al Príncipe su capacidad marinera para conducir su yate *Fortuna*. También explica, con criterios personales, cómo ha aparecido la tecnodemocracia y el ocaso de las fuerzas políticas fundacionales. Las cartas quinta, sexta y séptima son de gran contenido político, por explicar en ellas los comienzos del desarrollo político, el funcionamiento de las Cortes y otros temas importantes, dando también una imagen del Ejército, en la que resalta su cohesión, disciplina y

RECENSIONES

disposición. Al referirse a Europa, le dice al Rey: «En resumen: vuestro reinado debe registrar la incorporación de España a Europa en sus tres alianzas: la militar, la económica y la política. Parece que la alianza militar es la menos conflictiva. Los Estados Mayores de las naciones están alejados de las querellas políticas internas y sus programaciones son realistas; hay que considerar, como nota favorable para todo el conjunto del proyecto de España, que ocho miembros de la CEE formen parte de la OTAN.»

La octava y novena cartas se centran principalmente en el mundo conflictivo de obreros y empresarios, en los Sindicatos y en la reforma fiscal.

En las tres últimas hace exposición y análisis de temas que están en la calle, como son la «mayoría silenciosa», los problemas universitarios, los intelectuales, la Iglesia y otros.

Como puede deducirse, el libro tiene una alta carga polémica y de «testimonio». Es una de esas obras que hay que leer para tratar de conocer toda la situación política del pasado inmediato y del presente, que lógicamente condicionarán el futuro de España. Forma parte de una serie de libros políticos que han aparecido en estos últimos años, en los que pensadores, políticos y sociólogos se hacen preguntas sobre la marcha de los acontecimientos y tratan de presentar a los españoles, de distintos niveles culturales, *testimonios* de la época que les ha tocado vivir, enfocando los problemas y emitiendo juicios de valor sobre situaciones, acontecimientos y personas protagonistas, según sus particulares puntos de vista, de afectividad y de compromiso político. Todos ellos, y los que en lo sucesivo puedan aparecer, serán material valioso para que el investigador histórico en el futuro pueda enjuiciar esta etapa de la Historia de España comenzada a primeros de siglo.

Cartas al Rey es un libro que se lee con interés; que produce sorpresa por los conceptos que expone y, en muchas ocasiones, por la redacción de las mismas, y que provoca no pocas admiraciones, exclamaciones, sonrisas y comentarios. Dice cosas que el español medio, y no introducido a fondo en la vida política, desconoce, o tiene otra versión de los hechos. Por ello, supone una aportación más amplia que su propio título, pues verdaderamente son cartas dirigidas a todos los españoles, y lo que el libro puede tener de carácter informativo hará, sin duda, más impacto en el hombre medio que en el futuro Rey, ya que éste lleva muchos años conociendo y viviendo la realidad política del país en sus Instituciones y personas, incluidas éstas en una amplia y variada escala social.

El agotamiento rápido de la primera edición indica el gran número de lectores de la obra. Y en esa misma línea se encuentran las opiniones sobre la misma: son múltiples y variadas. Por ello, nos permitimos aconsejar al lector que juzgue por él mismo y la lea.

FERNANDO DE SALAS LOPEZ

RECENSIONES

PAUL-HENRI SPAAK: *Combates sin acabar*, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1973, 541 pp.

Son raras las memorias políticas que no sean autocomplacientes. Las de Paul-Henri Spaak lo son especialmente. Uno de los tantos que han luchado por la construcción política de Europa, el político belga es de los que más aportado para lo que existe de semiconstruido en esa Europa que por algún tiempo más de uno llamaba «Spaakistán». Nacido en 1899 y retirado de la vida política en 1966, Spaak se potenció como político socialista belga, pero su proyección saltó al ámbito europeo y al mundial a partir de la última conflagración mundial.

Oriundo de Bruselas; pudo evitar desgastarse entre los tira y afloja de los sensibles nacionalismos valón y flamenco (lo que en Africa, incluido el Congo ex belga suele llamarse por lo general tribalismo). Diputado en 1932, comienza su vida ministerial tan sólo tres años después. Estas Memorias relatan la «aventura» que principia en verano de 1936, cuando es nombrado ministro de Asuntos Exteriores. Apenas dos años después será primer ministro. Estos cargos serán bastante corrientes en él.

El libro consta de siete partes, precedidas de un capítulo-prólogo y concluidas por un epílogo. En medio, treinta años de fuerte actividad política relevante para Bélgica y para el mundo. La primera parte cubre hasta la invasión alemana, en la que se ve sumergido en el torbellino; cruza por la Francia de Petain, la España de Franco y el Portugal de Salazar, para finalmente llegar al exilio londinense. A esta evasión le dedica un capítulo. El iba acompañado y acompañando al premier belga, el socialcristiano Pierlot. No creo que llegue a captar en su profundo intríngulis el momento español. Entraban ambos, compungidos, en España el 24 de agosto de 1940, y tras cierto impase gerundense, se instalaban en Barcelona, hasta mediados de octubre, con órdenes de no salir, vigilados por la policía. Mientras que Beigbeder, en Asuntos Exteriores, había sido favorable a que cruzasen por España, Serrano Súñer, en el Interior (entre otras cosas), se oponía. Un jefe provincial de policía decidió personalmente. Los españoles cometerían «error» tras «error»: dejarlos poner en contacto con el cónsul belga, subalternos que se dejaban embaucar, etc. En fin, que «Fueron necesarios el fútbol, los toros, la negligencia de unos policías mal pagados, la energía de un compatriota, la abnegación y el valor de otros, para poder escapar de España y librarnos de los alemanes». ¡Qué curioso! Una fuga que les llevaría a través de toda España en nada menos que veinticuatro horas, y siempre por carreteras transitadas y controles aduaneros. Porque desde luego Spaak no es de los que cruza Pirineos a lo bravo ni hace lo mismo por mil kilómetros de territorio hostil. Una de dos: o el furioso antifranquismo de Spaak le ciega para darse cuenta del momento político y los juegos florales de la diplomacia española o es que es incapaz de comprender cosas nimias para un hombre de su oficio. ¿Por qué no hace mención de que el mismo día de su «fuga» desde Barcelona, Serrano Súñer pasaba a Asuntos Exteriores y cinco días más tarde tenía lugar la entrevista de Hendaya entre Hitler y Franco? Pero Spaak cree que «huyó» sin citar un solo control policíaco (que los había y muchos, por definición) entre Barcelona y la frontera portuguesa.

La segunda parte cubre todo su exilio en Inglaterra hasta 1944. Y suministra un

RECENSIONES

huevo de Colón: «Moraleja: Siempre es necesario prepararse bien para una negociación, pero también hay que estar dispuesto a modificar completamente la táctica prevista. Si el trabajo es importante, la improvisación no lo es menos.» Por fin, liberada su patria, regresa: «Pocas horas más tarde estábamos sumergidos de nuevo en las discusiones y en las intrigas de la política interior, que no había cambiado.» Eso es un decir: el rey Leopoldo III iba a ser corrido a gorreros por no haberse largado con sus ministros, tal cual hicieron otros monarcas (pero no el de Dinamarca, del que no se oyó decir nada malo por haber permanecido con su pueblo). Y para Spaak, según el cual el casamiento del rey de los belgas con Ingrid fue bien acogido por su pueblo, la cosa también parece de novela rosa, cuando lo cierto es que el pobre Leopoldo tuvo que hacerse perdonar el haberse casado con una sueca protestante que para mayor inri introdujo la falda corta, mucho antes de que apareciera la minifalda, y esto, a las damas de la cáscara amarga, que tanto abundan por lo menos en Flandes, no pasó desapercibido. En fin, Spaak se decide arreglar el mundo, y la casa sin barrer, incluyendo en la casa el *affaire* del Congo.

Las Naciones Unidas hasta la crisis de Suez, la defensa de Europa hasta la quiebra de la nonata Comunidad Europea de Defensa, la Europa unida desde el Plan Marshall a los Tratados de Roma y la Alianza Atlántica hasta su dimisión como secretario general de la OTAN constituyen las partes tercera, cuarta, quinta y sexta, y son las más relevantes para el lector que mira más a Spaakistán que a Spaak. Hay notorios platos fuertes: su apreciación de De Gaulle, al que simultáneamente acusa de ser monolítico y no lo suficientemente monolítico, puesto que también sabe virar (Mendès-France, izquierdista francés que entre otras cosas brillará por haberse cargado la Comunidad Europea de Defensa, tampoco es tolerado por Spaak). Se reconoce que Inglaterra no quiere unirse a la naciente Europa comunitaria y que hasta tratará de torpedear, pero los belgas, con los holandeses, harán esfuerzos desesperados para meterla en el mismo saco. Los villanos, naturalmente, son los franceses, y más aún los gaullistas. El gran belga por lo visto siempre ha considerado más factible unir a Europa que a flamencos y valones.

La última parte, «El último ministerio», abarca desde 1961 a 1966, y reactualiza el temario anterior. En un capítulo para Africa (es decir, el Congo y su tragedia) muestra el nivel de despiste y despreocupación de la metrópoli por el futuro de su colonia. Pero la crítica nacional es mínima y la personal menos que mínima; es más, culpa a las Naciones Unidas de la época por su incompreensión. Es del arte angelical querer convencer de que, estallada lo que sería tragedia, Bélgica quedaba ajena a la cuestión consecuente: Katanga. «Pero más adelante sus actitudes no siempre fueron bastante claras. Cierta simpatía indulgente manifestada por Tshombé alimentó las acusaciones de doble juego que se le hicieron.» Previamente Spaak se cubre con esta advertencia: «Todavía no se ha dicho toda la verdad sobre este punto histórico.» Entonces, ¿para qué sirven unas Memorias de un estadista belga y mundial que no aclaran algo máximo a nivel belga e internacional?

Spaak se salió de la política un buen día dando un portazo contra su propio partido, es decir, votando contra los socialistas; feo acto al que siguió otro diputado del mismo color. «Uno solo, pero el mejor, mi amigo Spinoy, la mayor esperanza y la

RECENSIONES

mejor reserva del socialismo belga.» ¿Qué fue de Spaak a partir de este día de junio de 1966? Eso ya no lo dicen estos *Combates sin acabar*. En todo caso, el lector deberá saber que ocupó un muy relevante cargo en la apoteosis de las multinacionales que es la ITT. *Bruxellois* (ni flamenco ni valón), europeo, americanista, atlantista, multinacionalista. ¡Qué tiempos aquéllos! A nuestras alturas parecen existir algunas contradicciones a tan largo rosario de perfeccionamiento. ¿Dónde, pues, está Vietnam en las Memorias de Spaak? ¿En Extremo Oriente o en ninguna parte? Ese mal europeo que fue De Gaulle por lo menos nos habla de esto, de lo otro y también de Spaak. Sus segundas Memorias han sido tildadas, con razón, de archisabidas de antemano. Y es cierto. En cambio con Spaak, junto a lo archisabido conocemos lo anecdótico y cosas que a nadie puede importar excepto a los belgas que piensen en belga.

Felipe Ximénez de Sandoval ofrece una magnífica traducción. El libro no dispone de fotos, pero el lector es sobradamente compensado con algo más útil: una cronología anual de 1936 a 1966, un índice onomástico y cincuenta y cinco capítulos titulados con numerosos y concretos epígrafes cada uno de ellos. Y esto se agradece de veras. Unas Memorias de Spaak, por el mero hecho de proceder de Spaak, no admiten una no lectura para el que se interese por el mundo y la Europa (o falta de Europa) que le ha tocado vivir. Que quede o no decepcionado por tan íntimas confesiones es otra cosa. Probablemente dependerá de su spaakistanismo.

TOMÁS MESTRE

JOHANN HELLWEGE: *Die spanischen Provinzialmilizen im 18. Jahrhundert*, Boppard/Rh., 1969, Harald Boldt Verlag, VIII, 471 pp.

El crecimiento del poder militar, característica principal del período de transición de la Edad Media a la Edad Moderna, continúa su proceso normal también durante la etapa del absolutismo; no obstante, este crecimiento tuvo sus límites, impuestos por las finanzas del Estado y las exigencias de la economía, puesto que los mejores hombres fueron llamados a las filas del ejército sufragado por medios públicos. Como consecuencia de esta situación, en muchos Estados empezaron a surgir milicias del campo a partir de la mitad del siglo xvii. Lejos del control y de la influencia de los estamentos, estas milicias territoriales se fueron encargando poco a poco, y en la mayoría de los Estados europeos, de la defensa del país. Ocasionalmente servían para el señor feudal como reserva para las tropas regulares. Hubo épocas en que las milicias territoriales participaron incluso en guerras exteriores.

La reinstauración de las milicias durante la época del absolutismo era importante, pero no llegaría a desempeñar un papel tan decisivo sobre el Estado como el ejército regular. También es verdad que su significado cambia hasta la actualidad, aunque sí en el siglo xix, a la hora de la aparición del militarismo, las milicias constituyen la reserva principal para las fuerzas armadas. España en este aspecto se retrasaría respecto de otros Estados europeos, a pesar de figurar un siglo antes en la vanguardia

del desarrollo militar. La reforma de 1734 tiene como efecto la organización y la formación de treinta y tres regimientos, cuya denominación común era «Milicias Provinciales». Observadores extranjeros apuntaban que se trataba de la fuerza de esta clase mejor organizada de Europa. En cambio, los militares españoles de carrera no solían mostrarse tan entusiasmados con las milicias como algunos extranjeros. Posturas generalmente aceptables entre los militares pueden ser resumidas en forma neutral frente a las milicias.

Las preferencias de la «historia militar» de situar los puntos clave en los momentos en que la nación destaca con sus más brillantes acciones conquistadoras, o se encuentra en la cumbre de su poder, han impedido que se prestara mayor atención al sistema propiamente dicho militar español del siglo XVIII. De esta realidad emana la necesidad de seguir investigando. En el presente caso, el autor aprovechó un largo tiempo en España para indagar los archivos disponibles; por ello casi la totalidad de fuentes son de procedencia hispana.

Las «Milicias Provinciales» eran la primera organización territorial que ha conseguido formarse al principio de la Era Moderna como una institución sólidamente concebida y continuamente mejorada en sus aspectos paramilitares y paraciviles. Su función consistía, en un principio, en la defensa territorial correspondiente; sin embargo, se fue cristalizando progresivamente como una fuerza de mayor envergadura en el sistema español de la defensa nacional. Su papel adquirió gran prestigio durante la Guerra de Sucesión, igual que durante el mandato de Ensenada como ministro de guerra, cuando las milicias como reserva del ejército son llamadas a participar incluso en las campañas fuera del país. En la «Instrucción Reservada Floridablanca», de 1787, las milicias consiguieron romper con la resistencia y la negativa de los militares tipo Aranda u O'Reill y siendo, por tanto, reconocidas como un instrumento de gran importancia desde el punto de vista militar, situación que quedara reflejada positivamente en la economía y en las finanzas. Tomando como ejemplo la organización de las milicias provinciales en la metrópoli, en Ultramar fueron creadas formaciones parecidas de milicias que contribuirían enormemente a la consolidación del Imperio español precisamente en el siglo XVIII, cuyos efectos perduran hasta la primera mitad del siglo XIX.

En oposición al sistema militar de reclutamiento, las Milicias tenían su base en las masas populares, cuya presencia en la «quinta permanente» ofrece toda una serie de instrumentos para conocer las estructuras sociales de la España de aquella época. Generalmente se reconoce la fidelidad de las milicias a la monarquía—frente a las especulaciones políticas de las tropas regulares. Además, los gastos resultaban siempre interiores frente a los del ejército.

La negativa hacia el servicio militar no es un fenómeno nuevo. Si es verdad que la Corona española no logró crear de las Milicias Provinciales una institución eminentemente militar, en la cual el ciudadano hubiera visto una gran alternativa existencial y profesional, también se ha podido comprobar que su existencia y su desarrollo prepararon el camino hacia el servicio militar general obligatorio sobre los presupuestos del Derecho civil común e igualitario, ya que realmente cambió el *status* jurídico de las localidades y aldeas y de sus habitantes en su beneficio. Desde esta posición, el

RECENSIONES

servicio militar ya no pudo ser considerado como una pena o mala suerte, sino como una obligación que ha de ser cumplida de un modo general por todos aquellos individuos reconocidos como capaces de prestarlo en virtud del patriotismo; eso quiere decir que las exenciones se podían extender sólo a casos normalmente imprescindibles.

El autor prueba que el papel de las Milicias españolas era de gran peso durante el alzamiento contra Napoleón. Sin las Milicias territoriales habría resultado imposible e inconcebible organizar con una extraordinaria rapidez y movilidad las guerrillas. Aboga en pro de nuevos estudios del papel que las milicias desempeñaron en la historia no solamente de España, sino de otros Estados europeos, especialmente desde el punto de vista comparativo. Es de presumir que la función de las Milicias hispanas las colocaría en un lugar preferente en el eslabón de servicios prestados a la patria. A pesar de que en España las Milicias nunca representaban un objetivo central y fundamental para la política oficial.

STEFAN GLEJDURA

The first part of the paper is devoted to the study of the asymptotic behavior of the solutions of the system (1) as $t \rightarrow \infty$. It is shown that the solutions of the system (1) are bounded and tend to zero as $t \rightarrow \infty$. The second part of the paper is devoted to the study of the asymptotic behavior of the solutions of the system (1) as $t \rightarrow 0$. It is shown that the solutions of the system (1) are bounded and tend to zero as $t \rightarrow 0$.

REFERENCES

1. A. M. Ljapunov, *Problème général de la stabilité du mouvement*, Ann. Chem. Phys. (5) 24 (1892) 375-422.

Received by the Editor June 10, 1964
 Accepted for publication July 1, 1964